

“¿Qué niño se resiste a la tele?” Moralidad y prácticas de los infantes ante el surgimiento de la televisión en la ciudad de México [1950-1962]

Resumen: El propósito de este artículo es identificar el rol de la niñez en el contenido y las prácticas televisivas de los años cincuenta en la ciudad de México y su relación con el discurso moralizador católico. Los infantes se perfilaron como público consumidor activo, una generación con una nueva realidad tecnológica y acceso a medios de comunicación, y uno de los principales focos de atención de las preocupaciones morales. El niño frente a la “tele” creó rutinas, sociabilidades, imaginarios y estereotipos, no fue una “masa” homogénea, fue un grupo que experimentó el arribo del medio desde referentes y sentidos múltiples.

Palabras clave: televisión, infancia, moralización, audiencias, rutinas televisivas.

“¿Qué niño se resiste a la tele?” Children’s morality and practices during the early years of television in Mexico City [1950-1962]

Abstract: This article discusses the role of children in the contents and practices around television 1950s Mexico City, as well as its relationship with the Catholic moralizing discourse. Children formed an active consumer audience, a generation with a new technological reality and access to media and one of the main moral concerns of the Church. Each child in front of a “tele” [the TV set] established his or her own routines, around which appeared new forms of sociability, imaginaries and stereotypes. They were not a homogeneous “mass”: they were a group that experienced the arrival of the television from multiple references and meanings.

Keywords: television, children, morality, audiences, television routines.

“¿Qué niño se resiste a la tele?” Moralidade e práticas das crianças ante o surgimento da televisão na cidade do México [1950-1962]

Resumo: O objetivo deste artigo é identificar o papel das crianças no conteúdo e nas práticas da televisão nos anos cinquenta na cidade do México, e sua relação com o moralismo católico. A criança foi um espectador ativo, uma geração com uma nova realidade tecnológica e acesso aos meios de comunicação, e uma das principais preocupações morais da igreja. Como telespectadores, as crianças estabeleceram suas próprias rotinas e em torno delas surgiram sociabilidades, imaginários e estereótipos. Não eram uma “masa” homogênea, mas um grupo diverso que experimentou o advento da televisão a partir de referências e múltiplos significados.

Palavras-chave: televisão, crianças, moralismo, audiências, rotinas de televisão.

Cómo citar este artículo: Laura Camila Ramírez Bonilla, “¿Qué niño se resiste a la tele?’ Moralidad y prácticas de los infantes ante el surgimiento de la televisión en la ciudad de México [1950-1962]”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* 8 [2016]: 226-252.

DOI: dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a11

Fecha de recepción: 30 de noviembre de 2015

Fecha de aceptación: 17 de marzo de 2016



Laura Camila Ramírez Bonilla: Magíster en Estudios Políticos por la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente cursa los estudios de doctorado en Historia en El Colegio de México.
Correo electrónico: lcramirez@gmail.com

“¿Qué niño se resiste a la tele?” Moralidad y prácticas de los infantes ante el surgimiento de la televisión en la ciudad de México (1950-1962)

Laura Camila Ramírez Bonilla

La escena de la familia frente a la “tele” se repitió en el “Cartón de la semana” del 19 de febrero de 1955. El semanario católico *Unión*, en la ciudad de México, había dedicado su sección de caricaturas a reflexionar sobre la función y el impacto del nuevo medio de comunicación en la vida familiar. En esta oportunidad, papá y mamá no parecían coincidir con los gustos televisivos de su hijo. Mientras los padres observaban concentrados el cuento infantil de Caperucita Roja, el niño, a un costado de la sala, con los brazos cruzados, refunfuñando y de espaldas al televisor, exclamaba con rabia: “¡Qué aburrimiento!”... ¡En el otro Canal está un programa con la “vedette” de moda!” (Figura 1).¹

El caricaturista “Fesa”, quien desde 1954 tenía una sección en la tercera página de la revista, expresaba su angustia por los efectos negativos que la televisión estaba causando en los niños. En su lectura había una preocupación por el futuro: “Para allá vamos...”, titulaba. Su escenario próximo era de discordias y absurdos. Los roles se invertían. Dentro de poco, los adultos verían caricaturas y los niños solo se contentarían con el “vil tongolelismo”, como llamaba la revista a los espectáculos de cabaret.²

Pero, ¿de qué manera se estaban relacionando los infantes con la televisión y, a su vez, el medio con los menores, como para despertar las sospechas morales de sectores sociales? En su sentido más básico, la televisión representaba la posibilidad de acercarse al sonido y a la imagen en movimiento desde la comodidad de la casa, espacio familiar por antonomasia. En medio de un “rearme moralizador”, promovido por el laicado organizado y la jerarquía eclesíástica, esta condición no era menor.³ Estar en casa podía tener dos interpretaciones desde la lectura mo-

1. Fesa, “El cartón de la semana”, *Unión* (México) 19 de febrero de 1955.

2. Esta expresión fue usada por el semanario para referirse a los peligros del baile y los espectáculos de vedetes, en especial, hacía alusión a la actriz y bailarina, Yolanda Montes, “Tongolele”. “Teleopinión”, *Unión* (México) 26 de febrero de 1956: 2.

3. Roberto Blancarte, *Historia de la Iglesia católica en México* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992) 21 y 119-125. “Elevemos el nivel moral”, *Boletín de la Junta Central* (México) 1 de julio de 1951: 33.

Figura 1. El cartón de la semana



Fuente: Fesa, “El cartón de la semana”, *Unión* (México) 19 de febrero de 1955.

ral: aglutinar a la familia permaneciendo en el “adentro” seguro, sin arriesgarse al “afuera” peligroso; o exponer al núcleo familiar, incluidos los infantes, a un posible foco de perversión y trasgresión a las costumbres.⁴ Los menores fueron emisores, receptores y mensaje, pero sobre todo, sujetos capaces de resignificar lo que aparecía en pantalla y convertir el acto de “ver televisión” en una nueva forma de pasar el tiempo libre, de socializar, de estar en contacto con otras realidades y de familiarizarse con un cambio tecnológico.

4. Los antagonismo entre el “afuera” y el “adentro” son expuestos por Monsiváis para referirse a los sentidos y las prácticas televisivas. Carlos Monsiváis, *Aires de Familia, cultura y sociedad en América Latina* (Barcelona: Anagrama, 2000) 214.

El objetivo de este documento es aproximarse al rol jugó la niñez en las prácticas cotidianas, representaciones sociales y sociabilidades vinculadas a la llegada de la televisión en los años cincuenta en la ciudad de México y su relación con el discurso y las acciones moralizadoras de algunos sectores del catolicismo de la época. Al tiempo que los infantes se perfilaron como un sector relevante para la industria televisiva —como público y como producto— y fueron una generación expuesta a una realidad tecnológica de acceso doméstico a imágenes en movimiento, se convirtieron también en uno de los principales núcleos de atención de la visión moralizante con la que algunos sectores católicos leyeron el arribo televisivo al país. Los niños frente a la “tele” fueron una realidad que creó rutinas, tiempos, espacios y sociabilidades propias, sujetos y creadores de imaginarios y estereotipos sociales. No obstante, es inadecuado concebirlos como una “masa” inalterable y homogénea, fueron un grupo diverso que experimentó el arribo del medio desde referentes y prácticas múltiples, entre ellas las prevenciones morales de su entorno.

Además de hemerografía nacional y especializada en televisión, la investigación está basada en dos fuentes principales: las revistas católicas *Señal*, *Unión* y *La Familia Cristiana*, entre 1949 y 1964; y seis entrevistas realizadas a personas que en la década de 1950 eran infantes (entre 1 y 14 años de edad), de extracción socioeconómica entre media-baja a media-alta, que vivían en la capital del país. Este ejercicio con las entrevistas explora memorias de infancia, no busca una reconstrucción histórica exhaustiva.

1. El futuro en juego en la ciudad moderna

El futuro y los niños eran elementos constantes en los discursos y las acciones moralizadoras de la década de 1950 y los primeros años de la de 1960. “¡Hay que salvar a los niños, a todo trance!”, señalaba la Comisión Central de Moralización del Ambiente, presidida por el arzobispo de la ciudad de México, Luis María Martínez, quien recomendaba advertir y protegerlos “frente a todo lo que hoy mina y destruye: revistas inmundas, pésimos ejemplos, mal cine, etc.”.⁵ El futuro estaba en juego: “no podemos, por ningún motivo, permanecer indiferentes”, apuntaba la revista católica *Señal* en 1955, al aludir al destino “tenebroso” para la juventud y los peligros que esto representaba para “la patria”.⁶ Un año atrás, la Legión Mexicana de la Decencia (LMD), organización católica laical fundada en 1933, única encargada de realizar y publicar la clasificación moral de las películas, había empezado a pronunciarse en torno a la urgencia de una censura televisiva “más

5. Comisión Central de Moralización, “Memorandum conteniendo algunas sugerencias para preparar los congresos diocesanos”, 1954-1955. Archivo Acción Católica Mexicana, México, Campaña Nacional de Moralización del Ambiente, Carpeta 2.6.6.

6. “Los pornógrafos insisten en su negocio ¿Los dejarán?”, *Señal* (México) 11 de septiembre de 1955: 22.

enérgica que el cine”. Para esta organización, los televisores eran “armas terribles que se disparan contra mentes infantiles”.⁷

La preocupación no era nueva ni tampoco exclusiva del impacto televisivo.⁸ Los medios de comunicación estaban permeados por la vigilancia eclesiástica a los infantes, en particular el cine.⁹ En 1951 la Acción Católica Mexicana, por iniciativa de la Confederación Nacional de Congregaciones Marianas, había focalizado su misión contra la decadencia moral de la sociedad mediante la Campaña Nacional de Moralización del Ambiente.¹⁰ El propósito era “recristianizar”: renovar el espíritu cristiano en el individuo, en la familia y la sociedad.¹¹ La Carta Pastoral del Episcopado Nacional sobre la moralidad, emitida el 14 de noviembre de 1952, no solo apoyaba oficialmente la iniciativa, sino que la ponía en sintonía con los mandatos pontificios sobre el tema: Pío XI (1922-1939) y Pío XII (1939-1958). La nueva cruzada no se oponía a la existencia del cine, la radio, la televisión o la prensa; consideraba que, bien utilizados, estos instrumentos podían ponerse al servicio de Dios. No obstante, asumía que materialmente los medios se transformaban, pero que el público, tomado como un genérico homogéneo, seguía siendo el mismo, fácilmente influenciado, incapaz de una selección de contenidos moralmente apropiados. Pérez señala que la Iglesia y el Estado habían logrado coincidir en sus criterios para normar los hábitos y las costumbres y establecer un mismo código moral.¹²

Esta sintonía Iglesia-Estado se tradujo en acciones concretas, como la solicitud de la Dirección Cinematográfica, dependencia de la Secretaría de Gobernación, para moralizar la televisión y solicitar a Ernesto Uruchurtu, regente de la ciudad, “que prohíba a los teatros que presentan escenas impropias para la niñez, tales

7. “La Liga de la Decencia pide más censura en televisión”, *Excélsior* (México) 28 de agosto de 1954: 10-A.
8. En diciembre de 1929, Pío XI indicó que era necesario “desde la infancia corregir las inclinaciones desordenadas y fomentar las tendencias buenas, y sobre todo hay que iluminar el entendimiento y fortalecer la voluntad con las verdades sobrenaturales y los medios de la gracia”. Su papado había sido particularmente sensible a la vigilancia de los medios modernos de difusión: cine, radio y televisión. En 1928 creó la Organización Católica Internacional Cinematográfica —OCIC— y la Asociación Católica Internacional para Radio y Televisión —UNDA—, de la que se hará alusión más adelante. Pío XI, *Divini Illius Magistri* (Sobre la educación cristiana de la juventud) 31 de diciembre de 1929. https://w2.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_31121929_divini-illius-magistri.html (10/10/2015).
9. Sergio Zermeño, “Cine, censura y moralidad en México. En torno al nacionalismo cultural católico”, *Historia y Grafía* 8 (1997): 77-102. Valentina Torres Septién, “Los fantasmas de la Iglesia ante la imagen cinematográfica: 1953-1962”, *Historia y Grafía* 16 (2001): 9-16. Susana Sosenski, “Diversiones malsanas: el cine y la infancia en la Ciudad de México en la década de 1920”, *Secuencia* 66 (2006): 37-64.
10. ACM fue la primera organización religiosa que se adhirió a la iniciativa, lanzada el 13 mayo de 1951, día de la virgen de Fátima.
11. Archivo Unión Femenina Católica Mexicana, citado en Laura Pérez, “Censura y control, la campaña Nacional de Moralización en los años cincuenta”, *Historia y Grafía* 37 (2011): 100.
12. Pérez 80-82.

como crímenes, robos, cabarets y otras semejantes”. La retórica de protección a la niñez estaba presente en el discurso estatal. Desde agosto del año anterior, el director de Cinematografía, Alfonso Cortina, había solicitado una ampliación presupuestal para organizar una oficina de supervisión de programas televisivos.¹³ Su petición aún estaba en espera.¹⁴ La LMD ya había iniciado dicha tarea mediante comisiones de padres de familia, que se comprometían a comentar semanalmente las condiciones morales de los programas.¹⁵ Años después la Comisión Nacional de Moralización haría lo propio con censores voluntarios.¹⁶ Las acciones estatales de vigilancia moral en medios audiovisuales quedarían respaldadas en el Código Penal (Art. 200) y la Ley de Radio y Televisión de 1960 (Art. 5 y 10).

Entre 1954 y 1955, se reactivaron acciones y controversias tendientes a combatir la inmoralidad de la pantalla chica, en particular en largometrajes¹⁷, teleteatros¹⁸ y algunos artistas.¹⁹ La Legión, la Arquidiócesis de México y la Secretaría de Gobernación coincidían en la necesidad de vigilar los contenidos.²⁰ La moral estaba definida entonces desde el comportamiento humano, pero no en su disertación sobre el bien y el mal, sino en la condición de decencia o indecencia de sus actuaciones. Alejados de la reflexión filosófica y teológica, el decoro, la virtud, las “buenas costumbres” limitaban la concepción de moralidad católica en este debate.

Para entonces la ciudad de México era una urbe en plena expansión. No sólo porque su población casi se duplicó entre 1950 y 1960,²¹ sino porque era foco del afán modernizador de las políticas desarrollistas de Miguel Alemán (1948-1952).

-
13. “Para supervisar programas de TV precisan más presupuesto”, *Excélsior* (México) 20 de agosto de 1954:10-A.
 14. “¡Censura (Sigue campaña de moralización) a los teleteatros!” , *Excélsior* (México) 1 de julio de 1955: 24-A.
 15. Carlos Haro, “La televisión mexicana es muy inmoral”, *Excélsior* (México) 25 de abril de 1955: 23-A.
 16. “Carta de Antonio de Ibarrola, Dir. Jurídico, a José A. Romero, vicedirector Comisión Moralización”, México, 5 de julio de 1957. ACM, México, Campaña Nacional de Moralización del Ambiente, Carpeta: 1.5.8.6.
 17. Las películas presentadas en televisión, por disposición de la Secretaría de Gobernación, sólo podían ser de clasificación A, es decir, sin reservas morales, apropiadas para niños y adultos. “Solamente películas clasificadas ‘A’ deben proyectarse”, *Excélsior* (México) 28 de julio de 1955: 22-A.
 18. Raúl Vieyra, “Garasa opina: ‘los autores nacionales: ¡Culpables!’ Debido a que no producen obras ‘Blancas’ para la TV Mexicana”, *Excélsior* (México) 28 de marzo de 1955: 21-A. “¡Censura!” 24-A.
 19. Aquí se contaban nombres como Evangelina Elizondo, María Victoria, Lola Beltrán y Ninón Sevilla, entre otras. Tin Tan y Pedro Infante, por sus películas impropias para la televisión. Haro 23-A.
 20. “‘Yo acuso’ del Señor Arzobispo”, *Excélsior* (México) 23 de marzo de 1955: 20-A.
 21. Según el Censo de Población y Vivienda, la capital del país contaba en 1950 con 3,137,599 habitantes, para 1960 esta cifra había llegado a los 5,521,755. La década contó con la tasa de crecimiento más alta que se hubiera registrado antes en el país, con 2,86% anual. Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI). *Estadísticas históricas de México, Tomo I: Población* (México: INEGI, 2009). Elsa Mavido, *La población, siglos XVI al XX* (México: UNAM y Océano, 2006) 200.

La ciudad se perfilaba como una de las principales beneficiarias de la revolución tecnológica de la segunda postguerra. La sociedad urbana se veía transformada por la llegada de nuevas fuentes energéticas, utensilios electrodomésticos y objetos industriales a su cotidianidad.²² La tecnología era al mismo tiempo objeto del deseo y promotora de cambios en el orden doméstico. La vida familiar prometía ser más cómoda y entretenida, más moderna. Condición que chocaba con la realidad de una sociedad predominantemente católica, en la cual sectores laicos y eclesiásticos culpaban del materialismo y el declive moral al avance de la técnica. “Todo el mundo reconoce que mientras hay un adelanto en la parte material, hay una decadencia aterradora en las costumbres”,²³ advertía el semanario *Unión* en 1952. Se trataba de una sociedad urbana en crecimiento, producto en parte de la migración proveniente de zonas rurales, con esquemas mentales contrastantes a la pretensión de la ciudad moderna. La preocupación de algunas esferas de esa sociedad por los efectos nocivos de un nuevo medio de comunicación en el comportamiento infantil se traducía en una angustia por el “mañana”: los futuros ciudadanos y los futuros católicos.

2. El “niño moderno”: el niño televidente

En las décadas de 1950 y 1960, la imagen en movimiento incursionó en la cotidianidad doméstica de los infantes ciudadanos. No es posible obtener datos estadísticos.²⁴ Podemos calcular que en los primeros años de la televisión, en virtud de sus costos, solo unos pocos niños contaron con el aparato receptor en su propia casa, no obstante, es muy probable que en ciudades como México, desde su instalación, infantes de diferentes niveles socioeconómicos hayan tenido algún contacto o conocimiento básico del nuevo medio. En efecto, las entrevistas realizadas para esta investigación coinciden en afirmar que el primer acercamiento que tuvieron con el televisor no fue cuando éste llegó a sus residencias, sino en vitrinas y exhibiciones comerciales, almacenes, espacios públicos o en la vivienda de algún familiar, vecino o amigo. Igualmente, recuerdan jornadas en las salas de cine y haber tenido

22. Álvaro Matute, “De la tecnología al orden doméstico en el México de la posguerra”, *Historia de la vida cotidiana en México: siglo XX, la imagen, ¿espejo de la vida?*, tomo V, volumen 2, ed. Aurelio de los Reyes (México: Fondo de Cultura Económica / Colmex, 2006) 157.

23. “La desamortización de las costumbres”, *Unión* (México) 30 de marzo de 1952.

24. A unos días de la inauguración oficial del medio, Rómulo O’Farrill Jr. estimaba que en la Ciudad de México estaban instalados más de mil televisores. Sus proyecciones eran de diez mil al finalizar 1950. En 1954, la UNESCO estimaba que en México existían alrededor de 50,000 telereceptores. Para 1958, *Excélsior* publicó los resultados de un estudio en el que consultó a 326,000 hogares y concluyó que sólo en el Distrito Federal la cifra de televidentes podía proyectarse en los 428,000. En las cifras de receptores y espectadores, la coherencia de los datos era más la excepción que la regla. “Los publicistas elogian y apoyan el esfuerzo de Televisión de México S.A”, *Novedades* (México) 30 de agosto de 1950; UNESCO, *La Télévision dans le monde. Rapport sur les moyens techniques de l’information* (París: UNESCO, 1954) 12. UNESCO, *Statistical reports and studies. Statistics on radio and television 1950-1960* (París: UNESCO, 1987) 77.

en su casa al menos dos radiotransmisores que les permitía asociar las características del nuevo medio con las tecnologías de comunicación ya existentes.²⁵ Bien sea una actividad pública o privada, experimentada desde sus casas o fuera de ellas, de distintas maneras, los niños de clase media empezaron a construir una cotidianidad alrededor de la “tele”: la tecnología, los contenidos y las audiencias. Poco a poco, el mundo infantil hizo presencia en la televisión, y a su vez, la televisión fue interviniendo en el mundo de los niños.

En la primera década de la televisión podemos identificar dos grupos de infantes ciudadanos, de clases medias y altas, que tuvieron contacto con el medio: primero, los que se encontraron con el televisor a una edad que les permitía ser conscientes de la novedad técnica y las nuevas posibilidades de entretenimiento. Nacidos en la década de 1940, fueron niños que vivieron parte de sus primeros años cuando aún no se había instalado el sistema en el país. Y segundo, aquellos que nacieron con el medio o después de su implementación, constituyendo la primera generación que tuvo acceso a contenidos televisivos desde su primera infancia. En comparación con la generación que les antecede, los niños urbanos de los cincuenta parecían ya estar en conexión con la imagen en movimiento y el sonido remotos. Para el “Código de los educadores de la televisión”, elaborado por la Comisión de “Radio-Televisión e infancia” de la Asociación Católica Internacional para Radio y Televisión (UNDA) en 1957, el cambio generacional era notorio: “parece que el niño moderno llega antes a comprender por la imagen visual que por la explicación lógica o verbal”.²⁶

El llamado “niño moderno”, que identificaba UNDA, era alguien que ahora podía asumir un nuevo rol: televidente. Quienes tuvieron un contacto más o menos regular con el nuevo medio de comunicación, bien sea en su hogar o en espacios públicos o compartidos con otros espectadores, crearon preferencias por ciertos contenidos, personajes y géneros, se adaptaron a horarios específicos, posiblemente atendiendo a indicaciones de los adultos para disponer del aparato, y definieron rutinas que los identificaban como espectadores. La década de 1950 inició con una población de 25,791,097 habitantes, de los cuales 10,754,468 eran menores de 14 años, es decir, 41,6%. Diez años más tarde la proporción había aumentado al 44,2%, con un total de 15,452,107 menores entre una población total de 34,923,129.²⁷ Dicho porcentaje no podía ser ignorado por la nueva industria de los medios masivos de comunicación.

“Yo tendría unos 11 o 12 años cuando llegó la primera televisión a mi casa. [...] Me acuerdo que nos dio mucha emoción que llegara, pero en sí el aparato no me causó tanta sorpresa como ahora me causan los medios”, señaló una entrevis-

25. Es posible que su fascinación por el cine explique también parte de su recepción favorable a la televisión. Para entonces los niños y las niñas de la ciudad, de manera diferencial, ya habían configurado rutinas y gustos en torno al cinematógrafo, ya extendido a hasta sectores populares. Ver Sosenski 37-64.

26. “El código de los educadores de la televisión”, *Revista Javeriana* (Bogotá) septiembre de 1962: 350.

27. INEGI, *Estadísticas* 9.

tada que comentó que hacia 1951 su padre llevó el primer artefacto, cuando ella tendría unos 9 o 10 años de edad. En los adultos sí había un “asombro absoluto de este aparato que parecía mágico, [...] a mis padres sí recuerdo que les causaba un azoro impresionante”. Sus primas, que no tenían televisión, aprovechaban las vacaciones para ir a su casa a ver la programación de la tarde. La “tertulia infantil” en ocasiones se extendía para reunir amigos que pasaban de jugar en la calle a la pequeña sala que se había dispuesto en la casa de la entrevistada para el aparato.²⁸

En otros casos, la reunión de infantes no sólo era más planeada, sino sujeta a la aprobación de algún vecino que accediera a que los niños entraran a su casa a observar, o incluso, a la nueva modalidad de negocio que algunos propietarios de televisores crearon en sus viviendas, improvisando pequeñas salas de proyección y cobrando a los espectadores por asistir a la función. “Yo era una chavo cincuentón pero no había lana ni para comprar una TV se rentaba a 10 centavos el ir a una casa y te daban una sillita”, indica un forista en *Youtube* ante la reproducción del audio del programa “Tío Herminio”, pionero de la televisión infantil en México, a finales de los años cincuenta.²⁹ El ritual estaba rodeado de detalles. “Nadie se movía, era emocionante. [...] Nos juntábamos todos los chicos de la cuadra y ya terminando el cuento [de “Cachirulo”] nos poníamos a jugar. Era todo juego. [...] Nos ponían banquetas para sentarnos, ese era el negocio”, recuerda la entrevistada que pagaba a sus vecinos para ver el “Teatro Fantástico” del actor Enrique Alonso, “Cachirulo”.³⁰ La práctica de asistir a la sala de la casa vecina, pagar, comprar o pedir permiso para entrar y sentarse a ver la televisión se convirtió en un ritual infantil de entretenimiento y uso del tiempo libre. “El tiempo de ver la televisión era el tiempo de ver la televisión”,³¹ señala la entrevistada que tenía aparato receptor en su domicilio. Su padre no le permitía hacer tareas, comer, ni jugar mientras veía la programación. Tampoco era su interés alternar el acto de mirar la “tele” con otras actividades. La simultaneidad de acciones durante el tiempo de la televisión, que posteriormente fue más común, no aplicaba para estas rutinas infantiles.

En el encuentro con el televisor, los padres de familia parecían ausentes. Salvo por los dueños de los receptores en las casas vecinas y la llegada esporádica de algún familiar —como tíos o amigos—, la presencia de adultos en el ritual infantil era escasa. “Esa casa se llenaba de niños. [...] Pero mis papás casi nunca iban”, recuerda un entrevistado sobre las jornadas en el domicilio de un vecino.³² En

28. Entrevista de Laura Camila Ramírez Bonilla a ELG (mujer nacida en 1942), México, D.F., 11 de mayo de 2015. Dos de los entrevistados prefirieron que no se mencionaran sus nombres completos en el artículo. Por este motivo, solo se mencionan las iniciales de todos los entrevistados.

29. “El tío Herminio – Presentación y ‘Las rejas de Chapultepec’” <https://www.youtube.com/watch?v=g1bNdm5cxXE> (15/05/2015).

30. Entrevista de Laura Camila Ramírez Bonilla a RMT (mujer), México, D.F., 15 de noviembre de 2012.

31. Entrevista a ELG.

32. Entrevista de Laura Camila Ramírez Bonilla a GRF (hombre nacido en 1948), México, D.F., 10 de agosto de 2014.

la memoria de los entrevistados está su experiencia como niños, quizá por eso reconocen a los infantes como televidentes más asiduos que los mismos adultos. “No recuerdo tanto que nos hubiéramos reunido con mis papás a ver televisión juntos, recuerdo que éramos nosotros, los niños, los que más la veíamos”, señala la entrevistada con televisor.³³ La cita era al final de la tarde, entre las 6 y 8 de la noche, y con más regularidad los fines de semana y las vacaciones. Las jornadas tampoco eran extendidas, incluso para quienes tenían su propio aparato. Entre 30 minutos y una hora era el tiempo más habitual ante el televisor. “Casi nos sabíamos las caricaturas de memoria porque las repetían constantemente [...]”.³⁴ Sólo en vacaciones esta proporción podía aumentar, de nuevo en la tarde y en compañía de más niños. Ahora bien, con el tiempo, los horarios se fueron flexibilizado y la programación se fue diversificando.

Sin duda, no se trataba de un interés generalizado. A algunos niños el televisor les resultaba más entretenido y sugerente que a otros. “A mí me gustaba mucho la tele, a veces yo me cambiaba a la casa donde me dejaran ver un poco más. Yo pensaba, —¡Ay yo quiero tener una!, no importa que vea puros comerciales, no me interesa”.³⁵ Asumir la jornada televisiva en un espacio distinto a la casa suponía encontrarse con amigos, comprar algún comestible, jugar después del programa y convencer al dueño del receptor que los dejara ver “un poco más”, entre muchas prácticas. En otras palabras, la acción adquirió significados especiales y actividades complementarias a su alrededor. Es posible que estas condiciones profundizaran la fascinación de algunos niños por la pantalla chica y que al mismo tiempo distanciara a otros menos dispuestos a entablar relaciones y prácticas paralelas para acceder a unos minutos de programación.

“Yo no era el más entusiasta con la tele. Muy de vez en cuando la veía”, destaca un entrevistado que esporádicamente acudía a la casa de algún amigo para ver las transmisiones.³⁶ La atracción por el medio era variada, cambiante y en competencia permanente con otras actividades recreativas, en especial las que se realizaban fuera de casa. “El D.F. era una ciudad muy grata y tranquila. Todos estábamos en la calle. La vida no nos correspondía dentro de la casa”, señala uno de los entrevistados que experimentó la llegada del medio ya en la fase final de su niñez, hacia los 14 años. Para los adolescentes de entonces, asegura, el modelo no estaba en la pantalla chica. “La televisión no gobernó la vida”.³⁷ Y aunque la admiración del entrevistado por la llegada del medio fue grande, no recuerda haberlo integrado a sus actividades de tiempo libre más asiduas. Solo destaca con especial entusiasmo las reuniones con amigos y hermanos en un café de la colonia Condesa para ver

33. Entrevista a ELG.

34. Entrevista a ELG.

35. Entrevista a RMT.

36. Entrevista a GRF.

37. Entrevista de Laura Camila Ramírez Bonilla a FZ (hombre nacido en 1936), México, D.F., 19 de noviembre de 2015.

la lucha libre los sábados en la tarde. Hacia mediados de la década su padre adquirió el primer aparato receptor, cuando él y su hermano ya estaban finalizando su adolescencia.

Sin duda, la experiencia era distinta entre quienes contaban con el aparato receptor en sus viviendas y quienes no. En el primer caso, el acto era igualmente compartido —en especial con hermanos—, sujeto a las reglas de los padres, pero tal vez menos calculado y acompañado de actividades complementarias. “Mi papá tampoco nos alentaba mucho a que viéramos la tele. [...] Entre semana seguramente teníamos un horario muy restringido. [...] Estábamos dedicados a estudiar”, señala la entrevistada que contó con receptor. “Salíamos mucho, no estábamos tan encerrados por la televisión”, reitera. Actividades como ir a cine o a teatro, hacer deportes, pasear o jugar en la calle, no se dejaron de hacer por seguir la programación televisiva: “nunca fue la televisión la reina del hogar”.³⁸ La entrevistada, que le pagaba entre 20 y 25 centavos a su vecino por ver a “Cachirulo”, reconoce que cuando finalmente el televisor llegó a la casa de su familia, su experiencia como televidente cambió. “Ya se acabó la magia, ya la tenía ahí y ya no era lo mismo, el impacto era diferente”.³⁹ Aunque el deseo de tener el aparato había sido enorme, la entrevistada recuerda que a partir de entonces sentarse frente a la pantalla se convirtió en algo menos especial. La domesticidad del medio lo convirtió en rutinario, en un elemento que se daba por sentado.

Los niños de los años cincuenta empezaron a crecer. En los primeros años de la década siguiente, los entrevistados iniciaron la secundaria, empezaron a trabajar o adelantaron estudios profesionales. Su relación con el medio cambió y la conformación de una nueva familia los puso en la historia como la primera generación de padres que habían visto la “tele” desde niños, así como una generación de padres que crió a las primeras generaciones que tuvieron acceso permanente al televisor desde su primera infancia.

3. La programación, los horarios y la trayectoria de la programación infantil

En efecto, la televisión pasó de tener pocas horas de transmisión diaria tras su inauguración a lograr cubiertas de 14 a 16 horas una década después. En septiembre de 1950, Canal 4 se estrenó con una parrilla de 2 horas diarias, de 5 de la tarde a 7 de la noche.⁴⁰ Ocho años después, en 1958, el mismo canal tenía cobertura diaria de 13 horas, con programación entre las 11 de la mañana y las 12 de la noche.⁴¹ En abril de 1964, la XEWTV-Canal 2, estación que logró extender más su horario en

38. Entrevista a ELG.

39. Entrevista a RMT.

40. Fernando González y Alicia Sotomayor, *Historia de la TV mexicana* (México: Agrupación de Iniciadores de la Televisión, 1989) 61.

41. *TV-56* (México) 24 de febrero - 2 de marzo de 1958.

estos primeros años, ya transmitía entre semana 16 horas y media de programación, entre las 7:45 de la mañana.⁴² Las jornadas televisivas de los entrevistados cuando eran niños son coherentes con la trayectoria del medio: aunque alternaran con otros géneros y públicos televisivos, de lunes a viernes los contenidos para niños siempre estuvieron presentes —con mayor o menor proyección— en la franja vespertina.

Estos horarios y contenidos infantiles se mantuvieron como una “mancuerna” que logró consolidar hábitos y auditorios leales. Pese a que la programación para niños no fue particularmente variada y audaz, las personas entrevistadas sí recuerdan un vínculo o identificación con lo presentado en pantalla. Al revisar sistemáticamente la parrilla de programación del periodo, encontramos que predominaron, en su orden, las caricaturas, los teleteatros y los concursos. Los programas educativos ocuparon un lugar secundario y las películas infantiles no lograron un espacio exclusivo como las de los adultos. En otro terreno se hallaron las series y algunas películas estadounidenses, pensadas para un auditorio adolescente, así como la transmisión de eventos deportivos a la que este tipo de públicos se sumaron activamente, en especial del género masculino.⁴³

En septiembre de 1950, con un solo canal en funcionamiento (Canal 4), el “Teatro de la fantasía”, un programa de 5 minutos de duración, se estableció como la primera opción creada para público infantil. Los temas de niños aparecían esporádicamente, evidenciando que, en el marco de un modelo privado de televisión, en principio los infantes no se concebían como un nicho de mercado atractivo. Un año más tarde, la oferta empezó a crecer. La misma estación programaba los martes y los miércoles, a las 19:00, “Caricaturas narradas”; los miércoles a las 17:15, “Títeres de Rosete Aranda”, una tradicional compañía de marionetas mexicanas, creada en 1835, que se encontraba haciendo su debut en la televisión;⁴⁴ mientras que el “Teatro de la Fantasía” continuaba sus emisiones los martes y los jueves, ahora con capítulos de 15 minutos. A estos programas se sumó “Llegó el Circo Zenith”, con el Payaso Pirrín, que transmitió el ambiente circense en la pantalla, entre 1953 y 1955, por canal 2. La franja iniciaba a las cuatro, con “Concierto de la tarde”, y a partir de las cinco la programación infantil, que no era diaria ni tenía una duración mayor a una hora, se distribuía entre películas de *cowboys*, concursos como “¡Póngale la cola al burro!” y “Buscando estrellas”, programas de entrevistas

42. *Carnet* (México) abril de 1964.

43. Los hombres entrevistados para la investigación sí recuerdan jornadas televisivas con amigos y familiares alrededor de las transmisiones de boxeo y baseball, mientras que las mujeres descartan su interés por estos contenidos. El mayor de estos entrevistados, adolescente en la primera parte de la década de 1950, recuerda haber visto la transmisión de los Juegos Panamericanos de 1955, realizados en México, en el primer televisor que su padre había adquirido unos meses atrás. Entrevista a FZ.

44. Los “Títeres de Rosete Aranda” se transmitieron entre febrero de 1951 y agosto de 1953. A este género televisivo se unieron los programas “Títeres” de Gachita Amador y “Marionetas” de Milisa Sierra.

y opinión, como "Opiniones y personalidades" y "Entrevista a publicistas", cortometrajes, fútbol, tauromaquia, cortos musicales y comedia.⁴⁵ Para entonces los telespectadores —niños y adultos— ya identificaban horarios, programas y públicos infantiles concretos, opinaban, aprobaban o rechazaban dicha oferta. "Hay buenos programas y se están transmitiendo en las primeras horas de la tarde, cosa bien hecha, pero opino que debían transmitir a esas mismas horas programas instructivos propios de niños que estudian los años superiores de la primaria", decía en 1952 Juan de Dios Rodríguez, un televidente de la ciudad de México entrevistado por la revista *Téle Cine*. Curiosamente, los pocos comentarios que sobre la programación infantil se pueden rastrear entre los televidentes mexicanos pertenecen a adultos. "Son formidables, especialmente "Función de Circo" a las 18 horas de los jueves por el Canal 2", indicaba Fernando Martínez para la misma publicación.⁴⁶

Para 1955 encontramos opciones infantiles un poco más diversificadas y mejor distribuidas. Con tres canales al aire: XHTV-Canal 4, XEWTV-Canal 2, XEIGC-Canal 5, que ese mismo año se fusionarían para conformar Telesistema Mexicano S.A., es posible hallar programación para niños de lunes a domingo. Para este año, el canal 5 ya había diseñado franjas de programación infantil, diferenciándose de las propuestas televisivas de los otros dos canales, que presentaban espacios más reducidos para los pequeños. Sin que se pueda considerar que fuera su perfil y vocación única, Canal 5 activó un enfoque especial en niños. En 1956, Guillermo González Camarena, primer dueño de la estación, reconoció este énfasis: estamos "dedicando parte de nuestro tiempo a programas de carácter cultural, así como programas infantiles, que es lo que otros canales no presentan".⁴⁷

En términos globales, para 1955 las caricaturas ya se habían consolidado como el género más popular para niños. Todos los días de la semana era posible sintonizar la emisión de un episodio de dibujos animados, en los canales 2 y 5. El resto de la programación infantil se distribuyó en teleteatros, como "Teatro de la fantasía", que pasó a transmitirse los miércoles y los viernes, por Canal 4, y el "teatro Cucurucho", del canal 5, transmitido los martes y los miércoles, un teatro de guiñol o marionetas que tenía emisiones de 15 minutos. Cabe destacar que este último canal produjo el "Club Quintito", una nueva opción con animación mexicana: un bebé en pañales, creado por el dibujante Antonio Gutiérrez. El programa se transmitía los viernes a las 17:10 y los sábados a las 14:40.⁴⁸

Es importante destacar que en los tres canales, los programas infantiles se siguieron alternando con otros géneros televisivos en el horario vespertino, evidenciando que, al menos en términos de programación, la tarde no era exclusiva de los pequeños. El movimiento de horarios y programaciones entre una semana y otra

45. González y Sotomayor 98.

46. "Análisis televidente", *Téle Cine* (México)

47. "Habla una autoridad de la Industria Electrónica de México", *TV-56* (México) 10 de febrero de 1956: 13-15.

48. *Téle-Guía* (México) febrero-mayo de 1955.

era una práctica frecuente entre las estaciones televisivas. Salvo algunas excepciones, la mayoría fluctúan en la parrilla según el criterio del programador.

La llegada de los años sesenta ofreció pocas sorpresas comparados con la segunda mitad de 1950. La excepción radicó en una mayor presencia de producciones mexicanas y menor variación de horarios. Aunque las caricaturas continuaban predominando, dos productos nacionales se posicionaban con éxito: “Teatro fantástico”, vigente desde julio de 1955, a cargo de Enrique Alonso, “Cachirulo”, y su compañía de teatro y “Tío Herminio”, protagonizado por Herminio Álvarez Rodríguez, pianista, compositor y cantante, integrante del grupo musical “Los Hermanos Kenny”. Tío Herminio se transmitía de lunes a viernes, en el Canal 5, y *Cachirulo* los domingos a las 19:30, en el Canal 2. A este grupo se unió “La familia Piripitún”, opción que Canal 4 aportó en el género del teleteatro. Esculapio y Don Ferruco, dos muñecos de trapo y cartón, eran los personajes principales de esta compañía que llevaba su espectáculo en una móvil a diferentes colonias de la ciudad. Ahora bien, entre los concursos y los programas de variedades se encontraban “El mundo de los niños”, “El pozo de los deseos”, “Canciones infantiles”, “Estrellas infantiles” y “Hitazo con niños concursantes”, todos de Canal 5 y 2.⁴⁹ Es preciso destacar los teatros infantiles mexicanos como uno de los géneros más activos de este periodo y quizá de los de mayor recordación.⁵⁰ Para entonces el entretenimiento infantil contaba con personajes como “Viruta y Capulina”, Francisco Gabilondo Soler “Cri-Cri”, Ramiro Gamboa “el Tío Gamboín” y las primeras apariciones de Xavier López “Chabelo”, quienes venían del cine y la radio, alternando la comedia para jóvenes y adultos con su faceta para niños. Cabe decir que la diversificación de contenidos televisivos no contó con opciones educativas y culturales, pues hasta este periodo dichos programas evitaron el enfoque infantil y las pretensiones alfabetizantes.⁵¹ El surgimiento de Canal 11, en 1959 como una alternativa pública a cargo del Instituto Politécnico Nacional, abrió la posibilidad de un perfil de este tipo, no obstante su escasa penetración en el público de la época y reducida programación mitigó su impacto.

La poca variedad de programas infantiles y la repetición continua de episodios de caricaturas son hechos en los que coinciden algunos televidentes que escribían a *Tèle-Guía*, algunas publicaciones especializadas de la época y la memoria de los entrevistados.⁵² Esto nos habla de los contrastes en la programación. De la imposibilidad de mantener un mismo estándar de calidad y variedad a los televidentes y de las recepciones a lo emitido en pantalla. No todo era bien recibido ni incorporado a las rutinas de los pequeños. Igualmente, era común que éstos no

49. *Guía Tèle-Radio* (México) mayo-junio de 1960.

50. “Su teatro televisado, excelente amigo de las familias”, *Señal* (México) 17 de julio de 1955: 13.

51. En este enfoque se apeló con frecuencia a los documentales, usualmente transmitidos por Canal 4. Igualmente se cuentan títulos como “Realidades de México” (domingos por Canal 4), “Tele-enciclopedia” (Canal 5); “México en la cultura”, con Fernando Wagner (jueves por Canal 4), entre otros.

52. “Caricaturas”, *Tèle-Guía* (México) 6 de noviembre de 1963.

dedicaran íntegramente su jornada televisiva a programas infantiles y se sumaran a la transmisión de series, películas, deportes y concursos.

4. El reflector moralizador se enciende

El reflector moralizador se enciende sobre los niños, con más intensidad que otros grupos poblacionales, bajo dos consideraciones básicas: primero, los infantes se definen como los más vulnerables y desprotegidos ante las posibles trasgresiones de la televisión a la moral católica: son los espectadores menos orientados y más sugestionables. Segundo, la imagen en movimiento, peor aún, instalada en casa, previene al moralizador por su poder estimulante y cautivador, más potente incluso que los textos escritos.⁵³ La televisión en casa logra un poder que no siempre puede alcanzar el sacerdote en el púlpito y un espacio al que no puede llegar en cualquier momento. No solo se trataba de un canal de comunicación efectivo para cualquier tipo de mensajes, favorables o adversos a la fe, sino un factor de “competencia” contra las actividades religiosas, las obligaciones de los pequeños como estudiantes e hijos, y actividades más sanas y productivas.

La televisión instalada en las casas de las familias católicas era una condición atractiva y a la vez desafiante para la Iglesia y los moralistas de la década del cincuenta. En febrero de 1954, el Papa Pio XII se pronunció al respecto, reconociendo el poder cognitivo de la imagen unida al sonido y, en especial, la “domesticidad” del medio de comunicación como una realidad que admiraba y preocupaba al mismo tiempo.⁵⁴ ¿Cómo conciliarlo? “Por el hecho de penetrar en la santidad del hogar, la televisión ha de regirse por un criterio de censura distinto de otros espectáculos”.⁵⁵ Sin embargo, la postura papal nunca fue de rechazo. Pio XII representó al primer pontífice de la era de los medios audiovisuales, plenamente integrado y consciente de su potencial y uso.⁵⁶ Desde sus primeras aproximaciones a la televisión, su pontificado identificó nuevas oportunidades en el medio sin dejar de advertir posibles peligros. “Evitad que sirva para expandir el error y el mal; y haced de ella, por el contrario, un instrumento de información, de formación, de transformación”.⁵⁷

53. Torres Septién 126-27.

54. Para esta investigación, el carácter de “domesticidad” hace referencia solamente a la cualidad de doméstico o relativo a la casa o el hogar, que adquiere el medio. El concepto es recogido del trabajo de Silverstone. Roger Silverstone, *Televisión y vida cotidiana* (Buenos Aires: Amorrortu, 1994) 51.

55. “Carta del Papa Pio XII”, *El Catolicismo* (Bogotá) 19 de febrero de 1954.

56. En 1949 Pio XII se convirtió el primer pontífice en aparecer en TV. El Papa estuvo presente en la inauguración de Televisión Europea en 1954 y en 1957 formuló la encíclica *Miranda Prorsus* sobre medios audiovisuales.

57. “El bien o el mal que puede nacer de la televisión es incalculable e imprevisible”, *El Catolicismo* (Bogotá) 11 de noviembre de 1955: 1-3.

Desde luego, la discusión no estaba solo en el plano pontificio. De hecho, la reacción local puede calificarse como más conservadora que la papal. En 1952, el semanario católico *Unión*, en México, sentenciaba que en comparación con el cine, “el mal de la radio y la televisión alcanza proporciones más grandes”.⁵⁸ La publicación era integrante del servicio de prensa jesuita Buena Prensa, que en 1951 se uniría a la Campaña Nacional de Moralización del Ambiente. En ese marco, exhortó a sus lectores a luchar contra el “mal uso de los inventos modernos, sobre todo del cine, la radio, y recientemente también la televisión”. *Unión* identificaba en estos dos últimos medios de comunicación una nueva realidad, foco de preocupación. Tal como ya lo había hecho la “mala prensa”, la pornografía, la propaganda comunista, las historietas, los comics, las revistas “ateas” y los “malos libros”,⁵⁹ en cada rincón de la casa, la radio y la televisión tenían la facultad de sentarse en la sala de los hogares católicos: “basta abrir el botón del aparato... Allí está a todas horas, al alcance de niños y grandes, de mentes cultivadas y de personas ignorantes”.⁶⁰ La entrada de la radio y la televisión a los espacios privados de los católicos minaba la posibilidad de que las autoridades religiosas intervinieran de manera directa.⁶¹

5. El recelo ante una nueva práctica: los niños frente a la “tele”

El discurso moral no va “lanza en ristre” contra la televisión. El moralista reconoce que la solución no está en la eliminación del medio. La preocupación de la Iglesia y el laicado organizado, incluso el más conservador, va dirigida a orientar la forma como el niño se aproxima a la tecnología, hace uso de ella y la incorpora a su cotidianidad.

Durante el periodo investigado, las reflexiones sobre niños y televisión enfocaron su atención en tres situaciones. Primero, ante una programación “perniciosa”, los niños, en virtud de ser los televidentes más vulnerables e inocentes, son “los que más directamente sufren las consecuencias”. A diferencia de los adultos, los pequeños tenían una “sensibilidad excepcional”,⁶² que los volvía más receptivos y maleables ante los contenidos en pantalla. Segundo, el infante carece de herra-

58. “La buena prensa”, *Unión* (México) 15 de junio de 1952: 3 y 10.

59. “Malos libros: ¡Mal Futuro!”, *Unión* (México) 10 de agosto de 1952.

60. “Cine, radio y televisión”, *Unión* (México) 27 de julio de 1952.

61. El tema no fue exclusivo de los moralistas. Hubo aproximaciones desde la psicología, la educación, la sociología y el periodismo. Susan Briggs hace un recorrido por los principales estudios que produjeron expertos en diferentes áreas del conocimiento desde 1956, en Inglaterra y Estados Unidos. Susan Briggs, “Television in the home and family”, *Television, an International History*, ed. Anthony Smith (Nueva York: Oxford University Press, 1998) 109-121. La investigación de Himmelweit, Oppenheim y Vince, publicada en 1958 por la Universidad de Oxford, es considerada pionera en el tema y quizá la más destacada del periodo. Tamara Vázquez y Antonio Malalana, “La televisión y los niños. Una aproximación a los modelos de investigación”, *Los niños frente a las pantallas*, eds. Ignacio Blanco y Max Römer (Madrid: Editorial Universitas – Universidad de San Pablo, 2010) 159.

62. “Los peligros de la televisión”, *La Familia Cristiana* (México) septiembre de 1962: 7.

mientas y capacidad para diferenciar la realidad de la ficción.⁶³ “La mente del niño no es capaz de distinguir, desde su mundo infantil, entre lo real y lo imaginario. Para él son tan reales las situaciones y personajes que ha visto desfilar en la pantalla como son reales sus padres”.⁶⁴ Y tercero, para la Iglesia, incluso para los sectores menos conservadores, no todos los padres de familia tenían criterios sólidos y críticos frente a los contenidos televisivos. Incapaces de distinguir entre programas apropiados y programas trasgresores, no serían tampoco idóneos para orientar a sus hijos. Dar instrucción a los padres fue uno de los objetivos principales de este interés de algunos sectores eclesiásticos y laicos en los niños y la “tele”.

En el caso mexicano, si bien los moralistas no diagnosticaron un contexto de “peligro extremo”, como lo señalaban publicaciones como *La Familia Cristiana* o *Unión* para países como Inglaterra y Estados Unidos, sí existía una alerta permanente por el tipo de programación que veían los infantes.⁶⁵ Los contrastes en su discurso son permanentes. En ocasiones se reconocían esfuerzos en contenidos educativos y edificantes para los pequeños y en otras se condenaba a los productores y realizadores que, interesados solo por el crecimiento de la audiencia, ofrecían programas “inadecuados”, sin mayor vigilancia.⁶⁶ Un análisis de *La Familia Cristiana* señalaba que los niños actuales habían renovado sus gustos desde la llegada de la televisión: “está comprobado que *Caperucita Roja* y *Blanca Nieves* ya no gustan a nuestros niños. Están ya acostumbrados. Necesitan algo más y en ese algo puede estar el peligro”.⁶⁷ *Señal* no sólo expresaba su desconfianza por los efectos que generaban en los niños las transmisiones de lucha libre y funciones de circo, sino también ponía en duda la idoneidad de películas como *Bambi* y *Blanca Nieves*, proyectadas en el cine y retransmitidas en televisión, por “sacudir al niño en su vida psíquica”, quien no estaban preparado para afrontar la pérdida temprana y violenta de la madre o las vanaglorias de maldad de una bruja. Los llamados “muñequitos”, producto de criterios mercantilistas y publicitarios, advertía la revista, engañaban a los padres de familia confiados de su idoneidad moral. Las películas animadas “defraudaron las esperanzas depositadas en ellas”.⁶⁸

“La programación era muy blanca”, señala una de las entrevistadas, quien no recuerda que en la tarde, horario en el que acostumbraba a ver televisión con sus hermanos menores, hubiera alguna amenaza a las “buenas costumbres” y la moral. Sus padres confiaban en su juicio de selección de contenidos y desistían de acompañarla en su jornada televisiva, pues tenían otras ocupaciones. “A esas horas no había programas que no se pudieran ver. [...] ellos sabían que no nos iba hacer

63. “¿Qué tanto influye la “tele” en el carácter de los niños?”, *Señal* (México) 17 de agosto de 1958: 10.

64. “El niño ante el cine y la televisión”, *Señal* (México) 27 de mayo de 1956.

65. “Los peligros de la televisión”, *La Familia Cristiana* (México) septiembre de 1962: 6.

66. “Televisión y revistas”, *Unión* (México) 29 de marzo de 1953.

67. “Los peligros de la televisión”, *La Familia Cristiana* (México) septiembre de 1962: 7.

68. “Las películas y programas de aventuras de monitos casi nunca resultan tan buenos como creen los papás”, *Señal* (México) 17 de junio de 1956: 10-11.

daño. Y como confiaban mucho en mi criterio, yo, que era la mayor, pues no les preocupaba”.⁶⁹ *La Familia Cristiana*, por su parte, consideraba que el estudio de la programación y los públicos a los cuales iba dirigida debían ser prioridad en el hogar. Los padres no podían fiarse del criterio de los programadores de contenidos: “Es cierto, los programas pueden ser aptos para todos, pero no todos los niños son aptos para todos los programas”.⁷⁰

Entre mayo y junio de 1956, *Señal* lanzó un especial de cinco artículos que denominó “El niño ante el cine y la televisión”. Escritos por Isidro Galván, los reportajes detallaron aspectos diferentes de la relación de los infantes con la imagen en movimiento: la ansiedad, los miedos, la imitación, el juego, la imaginación, la orientación de los padres y la educación infantil. Como uno de sus puntos de partida, los reportajes consideraban que “el niño mexicano, en la actualidad goza de una libertad exagerada y de una falta de cuidado por parte de los padres en el control de sus diversiones”.⁷¹ Las reflexiones de la revista buscaban revisar esa “libertad exagerada”, proponiendo una mayor intervención de los padres en los hábitos de los infantes frente al telerreceptor. Eran los adultos los mediadores entre la programación y el niño espectador.⁷² Las revistas católicas veían a los padres como responsables de las selecciones televisivas de sus hijos y algunas, como *Unión*, los definían casi como “censores”. Ante la imposibilidad de la Iglesia de intervenir en la intimidad del hogar, el padre y la madre eran quienes debían estar vigilantes.

“Fesa” recogió esta preocupación en la caricatura del 22 de mayo de 1955. En el cuadro de la familia frente al telerreceptor, un mensaje escrito en un papel resaltaba tapando la pantalla: “Sus hijos la ven... ¿está seguro de lo que ven? ¡Usted es responsable... Vigile los programas!”, indicaba el caricaturista. El papel, de mayor tamaño que la pantalla, era sostenido por una mano de censura presta a advertir y evitar que la familia católica viera alguna inmoralidad. La ilustración no era sátira del ambiente hogareño, como la caricatura de febrero de 1955, sino una reflexión visual más próxima a la propaganda que a la parodia, con un mandato directo: “Esa televisión...”, como se titulaba el cartón, era compromiso de los padres, quienes debían fungir como censores. De la representación de la familia destacaba la madre sorprendida, quizá advirtiendo el mensaje preventivo de la mano misteriosa. La madre es vigía natural y principal de la moral familiar, de quien se espera una alerta temprana en contraste con el padre y la hija, que aún parecen hipnotizados por el telerreceptor. Fesa presenta a una familia con facciones anglosajonas, de tez blanca y estilizada, que difiere de los rasgos usados para la familia analizada en la primera caricatura. Su mensaje final sentenciaba en tono de estricto censor: “Hay programas que no deben ver, ni sus hijos... ni usted!” (Figura 2).⁷³

69. Entrevista a ELG.

70. “Los peligros de la televisión”, *La Familia Cristiana* (México) septiembre de 1962: 6 y 7.

71. “El niño ante el cine y la televisión”, *Señal* (México) 27 de mayo de 1956: 6.

72. Guillermo Orozco, *Televisión, audiencias y educación* (Barcelona: Gedisa, 2001) 57-58.

73. Fesa, “El cartón de la semana”, *Unión* (México) 22 de mayo de 1955.

Figura 2. El cartón de la semana



Fuente: Fesa, "El cartón de la semana", *Unión* (México) 22 de mayo de 1955.

En términos generales, los reportajes de las revistas católicas planteaban tres tipos de efectos nocivos que podía ocasionar la televisión a los niños:

Primero, *una alteración de hábitos y responsabilidades*. El semanario *Unión* parecía tener un interés especial por las actividades que ya no hacían los niños por dedicarse al nuevo medio de entretenimiento. En 1953 advirtió que los infantes estaban dejando a un lado las tareas escolares "por sentarse a leer sus revistas o ver la televisión". La preocupación moral estaba ligada a los efectos en la vida cotidiana de los niños. "Donde hay televisión, ¿qué niño, o niña, o estudiante, resiste la tentación de esperar la cena a la hora de acostarse frente a una pantalla de televisión?"⁷⁴ En 1960, siete años después, la revista *Señal* se dirigió al mismo punto: "Es muy lógico

74. "Televisión y revistas", *Unión* (México) 29 de noviembre de 1953.

suponer que un niño no realizará las tareas de espaldas al receptor”.⁷⁵ Para las revistas confesionales, los infantes habían dejado las lecturas sanas y los deportes a un lado por contemplar las pantallas televisivas. No parecía ser este el caso de algunos entrevistados para este artículo, quienes afirman que no dejaron sus actividades recreativas alternas por concentrarse en la “tele”. La entrevistada que tuvo televisor desde 1951 recuerda que su padre le exigía cumplir con las obligaciones escolares antes de encender el aparato.

Las publicaciones católicas perfilaban a niños sentados durante horas frente al receptor, condición que contrasta con los testimonios de los entrevistados, el acceso no garantizado a televisores durante la década y la organización precaria de la parrilla de programación en los primeros años del medio. “No hay manera de arrancar a los niños de la pantalla”, sentenciaba *Señal* en 1958.⁷⁶ “‘Tele-filo’ es la palabra con la que se designa a los que se pasan todo el día delante de la TV, imbuéndose los millares de imágenes que penetran dentro de las paredes domésticas, lo más deplorable del caso es que quienes más afectados salen son los niños”, ilustraba ya en 1962 *La Familia Cristiana*.⁷⁷ En esta perspectiva, el nuevo invento terminaba de alejar a los menores de la compañía de sus padres: “los niños apenas levantan los ojos de la pantalla del televisor para dirigirle la sonrisa”. Espacios como la comida habían sido también alterados: “La comida se sirve en una mesa especial de televisión para que haya el máximo de visibilidad y en semioscuridad”, afirmaba el artículo de Guy Robin reproducido en *Señal*.⁷⁸ Las revistas de esta segunda mitad de la década del cincuenta dibujan un panorama de completa inserción del medio en el mundo infantil, casi sin matices ni excepciones. Su retrato de la situación parecía más cercano a la realidad que vivían países con mayor experiencia en la industria televisiva, con mejor cobertura, popularización de aparatos receptores y contenidos infantiles, como Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Alemania, la Unión Soviética o Francia, que a México. Se trataba de países con al menos dos décadas de experiencia televisiva y más de una generación de infantes con acceso al medio, en contraposición con los cinco a diez años que tenía el sistema televisivo mexicano.

Segundo, *la imitación de comportamientos, lenguajes, aspiraciones y concepciones inconvenientes para el desarrollo del niño y su convivencia familiar y en sociedad*. La imitación era una preocupación central para el especial de *Señal* de 1956. “Podríamos comparar al niño con un ‘radar’ que capta actitudes y estructuras del mundo adulto. [...] el crecimiento impulsa al niño a ir hacia el desconocido mundo del adulto, abandonando su querido mundo mágico, donde sus juguetes, seres inanimados, cobran vida”. El temor a que este “radar” se encendiera estaba relacionado con la emulación de personajes y actitudes “perniciosas”. La prevención debía encender

75. “La TV, ¿un problema para los padres?”, *Señal* (México) 21 de agosto de 1960: 10.

76. “¿Qué tanto influye la “tele” en el carácter de los niños?”, *Señal* (México) 17 de agosto de 1958:10.

77. “Los peligros de la televisión”, *La Familia Cristiana* (México) septiembre de 1962: 6.

78. “¿Qué tanto influye la “tele” en el carácter de los niños?”, *Señal* (México) 17 de agosto de 1958: 10.

las alarmas ante la menor sospecha. Desde los niños que “se sentían pequeños ‘santos’ y ‘médicos asesinos’, por las frecuentes transmisiones de lucha libre, y las niñas que expresaban “yo quiero ser bailarina”, por las presentaciones circenses en pantalla, hasta la simulación de actos de violencia y criminalidad, indicaba *Señal*.⁷⁹

Las investigaciones extranjeras citadas por las revistas habían encontrado correlación entre los aumentos de delincuencia juvenil y la mayor presencia de muertes, tiroteos, raptos, atracos, combates y bombardeos en la pantalla. La dificultad de los infantes de separar la ficción de la realidad explicaba, de alguna manera, estas “deformaciones” del comportamiento. Sin embargo, apelar a este tipo de estudios resultaba descontextualizado para el caso de México, incluso para la capital del país, donde no había sistematización de datos de este tipo, y tampoco una penetración absoluta del medio en la cotidianeidad de los jóvenes capitalinos, sobre todo los residentes en las zonas más vulnerables socialmente.

Y tercero, *daños en la salud, la actividad física y el carácter*. Los estudios citados por las revistas católicas, en la segunda mitad de los cincuenta, hablaban de una preocupación particular por la salud visual y digestiva. “Situarse cerca de la pantalla provoca fatiga cierta de los ojos”. La iluminación del espacio donde se encontraba el aparato y el tiempo dedicado a observarlo influían en la salud del ojo y su rendimiento. Igualmente, las recomendaciones médicas indicaban que “no se debe ver la televisión mientras se come”. En el mismo artículo, *Señal* alertaba sobre la pasividad y carencia de iniciativa que el medio provocaba en los infantes.⁸⁰ La preocupación venía desde el Vaticano. En *El Observatorio Romano* Luigi Civardi exponía el problema en términos de higiene física: “La pantalla de la televisión —como la del cine— con la luminosidad y movilidad de las imágenes ejercita un influjo debilitante sobre algunos órganos del cuerpo humano, y especialmente sobre la vista y el sistema nervioso”. Sin contar la inercia, la inmovilidad y hasta la promoción de un “concepto hedonístico de la vida” que podía provocar el exceso de televisión en los más pequeños.⁸¹ En el mismo sentido, *Señal* afirmaba que con el cine y la televisión los niños estaban perdiendo la imaginación, y con ello, corrían el riesgo de no adaptarse a un mundo social distinto al promovido en la ficción televisiva.⁸²

6. Moderación y código UNDA

Al iniciar los sesenta, ya era posible encontrar consideraciones más matizadas sobre la relación niños–televisión. La revista *Señal* publicó un nuevo especial sobre el tema a finales de 1960. Los contrastes son evidentes. Ante la creencia de que la

79. “La imitación del mundo adulto es algo natural en el niño. ¿Y qué modelos capta en el cine y en la TV?”, *Señal* (México) 3 de junio de 1956.

80. “¿Qué tanto influye la “tele” en el carácter de los niños?”, *Señal* (México) 17 de agosto de 1958: 10.

81. Luigi Civardi, “Radio–televisión y deberes de los padres”, *L’Osservatore Romano*, 4-5 de febrero de 1963, reproducido en *El Catolicismo* (Bogotá) 28 de marzo de 1963: 12.

82. “Resumen de la serie sobre “El niño ante el cine y la TV”, *Señal* (México) 1 de julio de 1956: 16 y 17.

televisión estaba produciendo alteraciones del sueño por “hiperexcitación, provocación de ansiedad o simplemente por transgresiones de los horarios habituales”, la revista se limitó a destacar que eran inconvenientes las prolongadas jornadas de los niños ante las pantallas. El problema no era del medio de comunicación: “El retraso en ir a la cama se atribuye a la falta de autoridad de los padres para guardar la disciplina [...] Es un asunto de educación”. Mientras que el problema de la pasividad no solo era por la pérdida de iniciativa y creatividad de los infantes, sino por la falta de estimulación de los adultos, que no siempre proporcionaban los medios y el interés necesarios para una actividad física permanente.⁸³

En los efectos psicológicos, la revista indicaba que pese a la percepción dominante, aún no había estudios que comprobaran que la exposición regular a los programas televisivos inhibieran la iniciativa y “embotaran la imaginación” de los pequeños: “lo que sí realmente logra es agudizar el interés por determinados asuntos”. El “niño sano”, que había formado hábitos de juego, diversiones como el cine, los deportes, la lectura y una vida social activa, no dejaba de hacer sus actividades recreativas por sumergirse de lleno en la televisión. Los niños tímidos, reservados y pasivos, que parecían tener una “exagerada predisposición a quedarse junto al televisor”, no debían sus “problemas” de carácter a su cercanía con el medio: “se les hubiera presentado exactamente en la misma forma aunque la TV no existiera”. En “niños sanos”, la televisión, incluso, podría traer muchos beneficios. Pese a brindar una visión un poco más moderada, capaz de identificar ventajas en la relación niño-televisión, las alarmas morales no podía apagarse. La principal responsabilidad dependía de los progenitores. “Y es natural que, para lograr óptimos resultados predomine la autoridad de los padres, que con un criterio perfectamente definido, sepan lo que conviene y no conviene a sus hijos”. Sin el juicio de los adultos, “no sería justo achacar a la televisión los males que puedan sobrevivir”.⁸⁴

La revista se preocupó por ver “las dos caras de la moneda”. No obstante, sus apreciaciones no dejaron de ser polémicas. “Cuanto mayor es el índice de inteligencia tanto menor es el tiempo que le dedican a la televisión a costa de otras ocupaciones de sus ratos libres,” indicaba la publicación, como si se tratara de una ley científica. Siguiendo el argumento, “el niño con problemas de personalidad, con trastornos emocionales, tímido, mal adaptado e inseguro es un adicto incondicional a la TV”. El infante ve al medio como un compañero o una “huida, para compensar su mala adaptación social”. De nuevo, el fallo estaba en la falta de orientación de los padres, de quienes *Señal* renegaba por su egoísmo, abandono y nula autoridad. La “cruzada” ya no estaba en los contenidos televisivos, en los hábitos de los niños-espectadores o en el señalamiento a artistas, realizadores y géneros, sino en insistir en la formación de los progenitores.⁸⁵

83. “Efectos de la TV sobre la actividad y el sueño de los niños”, *Señal* (México) 6 de noviembre de 1960.

84. “La TV, ¿un problema para los padres?”, *Señal* (México) 21 de agosto de 1960: 10.

85. “Hay niños que toman a la TV como un medio para huir”, *Señal* (México) 23 de octubre de 1960: 11.

El “Código de los educadores de la televisión”, producto del trabajo de la Comisión “Radio-Televisión e infancia” de la Asociación Católica Internacional para Radio y Televisión —UNDA—, logró resumir buena parte de las preocupaciones del laicado católico y sectores eclesíasticos por los vínculos entre los niños y la televisión. El código, escrito en octubre de 1957, en Génova, no fue un documento de obligatorio cumplimiento en el mundo católico, sin embargo, se puede considerar como una síntesis de las reflexiones elaboradas por los expertos en televisión del Vaticano. UNDA había sido creada en 1928, con el fin de “adentrar el pensamiento católico en el campo de la radio y la televisión”, coordinando las actividades de asociaciones católicas de todo el mundo.⁸⁶ Tanto la LMD como ACM estaban vinculadas esta entidad.⁸⁷

En términos muy básicos, el Código pretendía dar pautas para la formación de televidentes católicos responsables y críticos con lo que veían en pantalla. Este documento es relevante porque evidencia el interés y el tratamiento del tema desde la esfera pontificia, en conexión con las preocupaciones que en el ámbito local estaban formulando las Iglesias, las organizaciones laicales e incluso algunos televidentes. El Código servía para responder preguntas y orientar tanto a los organismos católicos dedicados al tema, como “a los padres que plantean problemas sobre el buen empleo de su aparato de televisión con relación a sus hijos”, y en un segundo plano, a educadores que se preguntaban si el medio podía aportar nuevas técnicas pedagógicas o solo era un “pasatiempo”.

Para el Código, la televisión ya había penetrado de lleno en el mundo del niño. Se trataba de un factor de influencia directa sobre los infantes. El documento partía de la necesidad de promover “un uso racional” de la televisión, integrándola “en su puesto exacto en el conjunto de los factores de formación”. La televisión no reemplazaba al mundo, pero podría ser inspiración para estar en contacto directo con él.⁸⁸ En ese sentido, idealmente, el medio estaría comprometido a informar y a recrear. No podía concebirse como responsable del mal uso que lo rodeaba, pero tampoco podía entenderse como plenamente inofensivo.⁸⁹ A partir de estas pautas, el código organizó cinco ámbitos en los que definía normas para el correcto uso del medio: edad del niño televidente, duración de la jornada del niño frente a la pantalla, condiciones óptimas de audición y visión, el papel de los padres en la recepción de contenidos y el papel de los padres frente a los productores de televisión.

Desconocemos el impacto que tuvo el “Código”, elaborado desde el seno pontificio de la Iglesia. La reproducción en español, sobre la cual se basa esta descripción, fue publicada en 1962 por la *Revista Javeriana*, propiedad de los jesuitas en Bogotá, Colombia.⁹⁰ En México no se ha hallado hasta el momento una reproduc-

86. Isidro Mota, *Medios modernos de apostolado para un mundo mejor. Radio, televisión, prensa, cine, teatro, deportes, bailes* (México: S/editorial, 1957) 66.

87. Comisión Pontificia para el Cine, la Radio y la Televisión, *Le cinéma dans l'enseignement de l'Eglise* (Ciudad de Vaticano: Tipografía Poliglotta Vaticana, 1955) 409, 413 y 536.

88. “El código de los educadores de la televisión”, *Revista Javeriana* (Bogotá) septiembre de 1962: 351.

89. “El código de los educadores de la televisión”, *Revista Javeriana* (Bogotá) septiembre de 1962: 352.

90. En junio de 1958, *El Catolicismo*, también en Bogotá, había publicado un resumen en español.

ción, sin embargo, varios de sus puntos coinciden con las reflexiones que a partir de 1960 venía adelantando el semanario *Señal*. Es posible resumir sus principales coincidencias en cuatro puntos: primero, desistir de responsabilizar al medio de comunicación por las “conductas inapropiadas” o abusos que algunos espectadores, adultos y niños, habían construido a rededor del hábito de ver televisión. Segundo, concentrar en los padres de familia la responsabilidad no solo de orientar el vínculo de los niños con la “tele”, sino de crear espectadores “activos”, capaces de reaccionar ante los contenidos. Tercero, promover un uso “inteligente” y racional del medio, basado en la jerarquización de valores, “con el valor” de apagar el aparato receptor ante escenas “inadecuadas”, y capaz de interactuar con otros espectadores y los realizadores de programas. Y cuarto, el medio, bien utilizado, tiene un alto potencial como instrumento educativo y estímulo al conocimiento. El código no ahonda en la psicología infantil y los conflictos de personalidad, como sí intentaron hacerlo *Señal*, *Unión* y *La Familia Cristiana*, desde su sistema de valores, sino en aspectos concretos del acto de ver televisión, como experiencia cotidiana.

Consideraciones finales

Al tiempo que la televisión mexicana se desarrollaba y posicionaba como medio masivo de comunicación, los niños surgían como receptores diferenciados, con contenidos especiales, que despertaban el interés de publicistas y anunciantes. Los espectadores infantiles no solo eran un sector del público televisivo que se estaba formando en la Ciudad de México: eran una nueva generación para la historia de los medios de comunicación. Se trataba de una generación expuesta a una realidad tecnológica distinta a la de sus progenitores, con acceso a imágenes en movimiento y sonidos remotos, en la privacidad de su casa y en contacto con sus sociabilidades. El acercamiento al medio desde edades tempranas permitió a este sector de la población asignar un sentido de normalidad a las prácticas televisivas que posiblemente otras generaciones que convivían en la década de 1950 no lograron experimentar.

El “niño televidente” de los cincuenta, sin aficiones exacerbadas, fue una audiencia diversa, cambiante, pero estable. La expresión puede remitir a una figura genérica, pero no a un sector social homogéneo. Con prácticas diferenciadas, los niños y niñas ciudadanos, al menos los de clase media y alta, ingeniaron rutinas concretas para pasar unas horas a la semana ante a la pantalla. Se trataba de prácticas complejas, usualmente colectivas, sujetas al encuentro con otros, a las condiciones materiales del entorno y a una genuina expectación por la novedad, en otras palabras, rutinas que iban más allá de mera observación de imágenes. Sectores eclesíasticos y del laicado organizado en México no fueron ajenos a estas nuevas realidades. Sus alarmas morales se encendieron con recelo en los primeros años

“Un código internacional para los educadores usuarios de la Televisión”, *El Catolicismo* (Bogotá) 13 de junio de 1958: 1-3.

del medio para pasar a una reflexión más decantada y menos totalizante en los primeros años de la década del sesenta. Sus temas constantes fueron la vulnerabilidad de los infantes, la responsabilidad de los padres como censores y orientadores primarios y la descomposición de valores y rutinas sanas por el exceso de tiempo dedicado a la programación televisiva. Sus razonamientos atendían también al interés y la institucionalidad pontificia que desde finales de los años veinte se había erigido en torno a los medios audiovisuales.

En ese marco, es inevitable no contrastar las preocupaciones morales de las revistas católicas y algunas instancias eclesíásticas con las realidades de los niños espectadores en la ciudad de México. Sin que la generalización sea posible, es viable plantear que en los primeros años hay una sobredimensión de peligro moral al que estaban avocados los menores. Las publicaciones veían el fenómeno desde la experiencia de otros países, anticipándose a los hechos, sin una comprensión más detallada de las prácticas que los infantes mexicanos realmente estaban efectuando. Sus temores del inicio de la década eran más adaptables a sociedades con trayectorias televisivas amplias, que a casos como el de México, donde apenas surgía la industria, y aunque se contaba con un antecedente de peso como el cine, la desvinculación con la televisión eran más la regla que la excepción. Es posible que para la década de 1960 las cotidianidades infantiles de las que temen los moralizadores sean más palpables que las rastreables en los cincuenta. Sin embargo, para entonces las alarmas morales ya no tendrían el mismo eco ni la misma celeridad. En el marco del Concilio Vaticano II (1962-1965), la apertura de la Iglesia a los medios masivos de comunicación daría un viraje que ya no se detenía en cómo se veía el medio, quién lo veía y qué presentaba, sino en cómo podía aportar a las distintas labores eclesíásticas.

Fuentes

Manuscritos

Universidad Iberoamericana, Archivo Acción Católica Mexicana, México (ACM)

Periódicos y revistas

Boletín de la Junta Central ACM (México) 1951

El Catolicismo (Bogotá) 1954.

El Nacional (México) 1950-1962.

Excélsior (México) 1949-1962.

La Familia Cristiana (México) 1954-1962.

Novedades (México) 1949-1962.

Radiolandia (México) 1949-1952.

Revista Javeriana (Colombia) 1962.

Revista Señal (México) 1954-1960.

Tele-Guía (México) 1955, 1958, 1963-1965.
TV-56 (México) 1955-1957.
Unión, Semanario Católico (México) 1949-1960.

Orales

ECM, entrevista realizada por Laura Camila Ramírez Bonilla. México, D.F., 1 de noviembre de 2012.
 ELG, entrevista realizada por Laura Camila Ramírez Bonilla. México, D.F., 11 de mayo de 2015.
 FZ, entrevista realizada por Laura Camila Ramírez Bonilla. México, D.F., 19 de noviembre de 2015.
 GRF, entrevista realizada por Laura Camila Ramírez Bonilla. México, D.F., 10 de agosto de 2014.
 RMT, entrevista realizada por Laura Camila Ramírez Bonilla. México, D.F., 15 de noviembre de 2012.

Bibliografía

Blancarte, Roberto. *Historia de la Iglesia católica en México*. México: El Colegio Mexiquense-Fondo de Cultura Económica, 1992.

Briggs, Susan. "Television in the home and family". *Television, an International History*, ed. Anthony Smith. Nueva York: Oxford University Press, 1998: 109-121.

Carli, Sandra. "La memoria de la infancia. Historia y análisis cultural". *La infancia en los siglos XIX y XX. Discursos e imágenes, espacios y prácticas*, ed. Antonio Padilla. Cuernavaca: Universidad Autónoma de Morelos, 2008: 23-49.

Comisión Pontificia para el Cine, la Radio y la Televisión. *Le cinéma dans l'enseignement de l'Eglise*. Ciudad de Vaticano: Tipografía Poliglotta Vaticana, 1955.

González y González, Fernando y Alicia Sotomayor. *Historia de la televisión mexicana*. México: Agrupación de Iniciadores de la Televisión, 1989.

INEGI. *Anuario estadístico 1958-1959*. México: INEGI, 1960.

_____. *Estadísticas históricas de México*. Tomo I. México: INEGI, 2009.

Loaeza, Soledad. *La restauración de la Iglesia católica en la transición mexicana*. México: El Colegio de México, 2014.

Matute, Álvaro. "De la tecnología al orden doméstico en el México de la posguerra". *Historia de la vida cotidiana en México: siglo XX, la imagen, ¿espejo de la vida?* Tomo V. Volumen 2. Ed. Aurelio de los Reyes. México: Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, 2006: 157-176.

Mavido, Elsa. *La población, siglos XVI al XX*. México: UNAM-Océano, 2006.

Monsiváis, Carlos. *Aires de Familia, cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

Mota, Isidro. *Medios modernos de apostolado para un mundo mejor. Radio, televisión,*

- prensa, cine, teatro, deportes, bailes. México: s/editorial, 1957.
- Orozco, Guillermo. *Televisión, audiencias y educación*. Barcelona: Gedisa, 2001.
- Pérez, Laura. "Censura y control, la campaña Nacional de Moralización en los años cincuenta". *Revista Historia y Grafía* 37 (2011): 79-113.
- Pío XI. "Encíclica *Divini Illius Magistri*. Sobre la educación cristiana de la juventud". Roma: La Santa Sede, 31 de diciembre de 1929.
- Romero, José Miguel. *El Aguijón del Espíritu. Historia contemporánea de la Iglesia en México, 1892-1992*. Michoacán: El Colegio de Michoacán A.C., 2006.
- Silverstone, Roger. *Televisión y vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1994.
- Sosenski, Susana. "Diversiones malsanas: el cine y la infancia en la Ciudad de México en la década de 1920". *Secuencia* 66 (2006): 37-64.
- Torres Septién, Valentina. "Los fantasmas de la Iglesia ante la imagen cinematográfica: 1953-1962". *Revista Historia y Grafía* 16 (2001): 111-143.
- UNESCO. *La Télévision dans le monde. Rapport sur les moyens techniques de l'information*. París: Organización de las Naciones Unidas, 1954.
- _____. *Statistical reports and studies. Statistics on radio and television 1950-1960*. París: UNESCO, 1963.
- Vázquez, Tamara y Antonio Malalana. "La televisión y los niños. Una aproximación a los modelos de investigación". *Los niños frente a las pantallas*. Ed. Ignacio Blanco y Max Römer. Madrid: Editorial Universitas-Universidad de San Pablo, 2010: 157-182.
- Zermeño, Sergio. "Cine, censura y moralidad en México. En torno al nacionalismo cultural católico". *Historia y Grafía* 8 (1997): 77-102.



Colección particular.